

Una dicotomía poco relevante

Cuando termina la partida,
Rey y peón vuelven a la misma caja.
— *Proverbio italiano.*

Polvo eres

El cadáver de Ramón Giménez no era tal hace unos minutos, cuando, todavía hombre de carne y hueso, animado por el tan mentado soplo de vida, pasaba por segunda vez el secador a los vidrios de las oficinas de Northorn & Northorn, en el piso veintitrés del edificio de 9 de Julio y Corrientes.

Entre la fugacidad de ambos instantes (entonces y ahora), sólo hubo un arnés que no sujetó lo que tenía que sujetar, una caída infinita, y una dicotomía poco relevante: la vida y la muerte.

A la altura del piso veintidós, Giménez se lamentó porque el dinero no le alcanzaría para llevar a su hijo a pescar el próximo fin de semana a Río Luján. La preocupación de que Julia había rezongado anoche porque no llegó a tiempo para la sopa y el churrasco lo acongojó hasta el piso veinte. Más abajo, los años de vagabundeo y hambre le parecieron recién vividos y en el piso dieciséis deshizo el peregrinaje de Corrientes a Buenos Aires.

Entre el catorce y el doce se entretuvo cazando ranas en los esteros plagados de paja brava y en el once salió de la escuela a la que entró una vez para no volver más. En el quinto usó los pantalones remendados de su hermano mayor, y en el tercero anduvo a gatas comiendo tierra, con la cara sucia de mocos.

Casi en la planta baja se colgó de los pechos vacíos de su madre, e inmediatamente percibió una sensación lejana, la más

lejana de todas, como si por un túnel lo llevaran a un lugar oscuro y tibio. Y después no supo nada más.

Al polvo volverás

La legítima y fea esposa de Mr. Benjamin Northorn III, tras ardua búsqueda, larga espera y mayor esfuerzo, consiguió dar a luz al heredero, que (pese a ella misma) fue bautizado, como correspondía, con el nombre de Benjamin Northorn IV.

Con todo esmero se preparó el camino de quien debía llegar a ser el presidente de Northorn & Northorn, el hombre que llevaría apellido y empresa hasta los confines mismos del mundo.

El primer juguete fue una máquina de calcular electrónica (de última generación), y desde entonces hasta Harvard su vida se vio poblada sólo de números y medallas de oro.

Poco después de los veintiuno, y codo a codo con el severo Benjamin III, Ben Northorn IV compró el edificio mejor ubicado de la remota ciudad de Buenos Aires, y allí instaló las oficinas de The Southern Company-Northorn & Northorn.

La profecía familiar transmitida de generación en generación se había finalmente cumplido; el mesías esperado durante tantos años por la dinastía toda había llevado a cabo su cometido; ahora estaba listo para el sacrificio.

Así reflexionó entre la fugacidad de dos instantes (entonces y ahora) Benjamin Northorn IV. Entre esos dos momentos sólo hubo un motor de avión que no funcionó como debía, una caída infinita, y, otra vez, una dicotomía poco relevante: la vida y la muerte.